

En este artículo abordaré el tema de la izquierda y la derecha, dos conceptos que, según una aceptación tristemente generalizada, son considerados caducos, obsoletos o anacrónicos, pero que encierran cosmovisiones dispares y antagónicas, que, a mi entender, aún perviven y se manifiestan en la vida social, política y económica.

He escuchado en varias ocasiones a distintas personas comentar algo así como que en la actualidad ya no existen las derechas ni las izquierdas, que las ideologías se han acabado y que lo que importa realmente es tener buenos gestores que sepan administrar lo público. Según esta manera de ver las cosas, la economía se desliga del contexto político y alcanza el rango de ciencia pura, abstracta y matemática, regida por unas leyes incuestionables que determinan el acierto o desacierto de las medidas adoptadas. Su fin es el crecimiento, al que, según la ideología liberal adoptada incluso por amplios sectores de la socialdemocracia, lo entronizan y veneran como el gran dios, y sus premisas se basan en las ya preconizadas por los economistas neoclásicos (Hayek y Friedman), las cuales se pueden resumir en los siguientes puntos: infinitud de los recursos energéticos y naturales, capacidad de los mercados para autoregularse (la mano invisible de la que hablaba Adam Smith), limitación del Estado a cuestiones meramente asistenciales (cuando no su propia desaparición, como apuntó hace poco el actual presidente de la CEOE cuando dijo que la mejor empresa estatal es la que no existe), y la teoría del goteo esbozada por Friedman, según la cual el aumento de la riqueza en las capas superiores acabará repercutiendo en los estratos inferiores.

Tras la caída del denominado telón de acero, un politólogo afincado en EEUU, llamado Fukuyama, escribió un libro con un sugerente título: "El fin de la historia". Lo que se llamó sistemas socialistas reales, (aunque habría que estudiar si tal definición realmente les correspondía) acababan de caer y parecía que el indiscutible triunfo del capitalismo ponía fin a toda confrontación ideológica. Y a partir de ahí hay que reconocer dos cosas, a mi entender obvias. Por un lado, la batalla de las ideas no ha cesado, y por otro, que en dicha batalla las fuerzas de la derecha están ganando sobradamente la partida.

Y el triunfo ideológico de la derecha se sostiene sobre los siguientes pilares:

a) Adecuación del lenguaje a un nuevo contexto económico-social, con la correspondiente proliferación de innumerables eufemismos. Por ejemplo, como la palabra capitalismo está cargada de ciertas connotaciones despectivas, producto de las luchas obreras y de la universalización del imaginario marxista, fue sustituida por economía de mercado (lo cual no indica nada, porque todas las economías son de mercado). La palabra proletariado fue eliminada del mapa lingüístico, así como conceptos como la lucha de clases, y cualquier otro que hicieran referencia a los intereses antagónicos existentes en la sociedad. Así, por ejemplo, al abaratamiento del despido y a la abundante temporalidad de los contratos se les llamó flexibilización del mercado laboral, un término con evidentes connotaciones positivas que parece aludir a la necesidad de la economía y el mercado de amoldarse a los nuevos tiempos. La antigua lucha de clases pasó a ser denominada tibiamente como diálogo social, un término mucho más amable que intenta soslayar los intereses contrapuestos de los diferentes sectores. Todo el imaginario lingüístico de la izquierda quedó en desuso y su utilización se convirtió en algo más propio de un radicalismo vetusto que de un deseo de llamar a las cosas por su nombre.

b) Evidentemente, el triunfo de la derecha no se basó sólo en cuestiones lingüísticas, sino también en la proliferación de determinadas ideas y conceptos que han ido prendiendo y arraigando en todas las capas sociales. Uno de ellos, quizá el eje sobre el que se vertebra el resto del discurso, es aquel que sostiene que en la actualidad la derecha y la izquierda no existen, habiendo sido superadas por una modernidad globalizada y tecnificada cuya bondad y eficiencia ninguna persona cabal sería capaz de negar. Lo que me resulta más interesante de ese discurso no es el hecho de que elimine la factibilidad de rescatar determinados valores ligados a la izquierda clásica, cuestión éste que sería razonable dentro de un discurso rechazado, sino que además elimina, o más bien enmascara, la propia existencia de la derecha. El resultado de ello tiene dos vertientes. Por un lado, la población elude definirse como de derechas o izquierdas, por las connotaciones negativas que acompañan a ambos conceptos, y por otro, un sinfín de prácticas económicas, que tiempo antes hubieron sido

tildadas abiertamente de capitalistas y productoras de desigualdad y miseria, son ahora puestas en prácticas con total impunidad y sin el menor recato, ya que no responden a un concepto ideologizado de la economía ni al interés de las clases altas, sino a las incuestionables leyes de la economía moderna (término éste, el de moderno, también eufemístico, pues dichas teorías son anteriores incluso a las ideas socialistas que nacieron en el siglo XIX). En este contexto, el debate político se torna prácticamente superfluo. Ya no se discuten cuestiones tales como la necesidad o no de crear una banca pública importante, la necesidad o no de aumentar los gastos sociales, la necesidad de crear una política fiscal progresiva, la necesidad de que los sectores básicos de la economía sean de propiedad estatal o social. En definitiva, nadie discute un modelo económico que es aceptado como el único posible, de eficiencia contrastada, y, por supuesto, limpio de mácula ideológica. Los trabajadores, por regla general, o bien se declaran apolíticos o bien consideran que el concepto de izquierdas está desfasado. Mientras esto ocurre, los sectores ligados a la oligarquía económica pueden hablar tranquilamente de seguir flexibilizando el mercado laboral, los precios de las viviendas subieron hasta el infinito (en tiempo de la burbuja ahora desinflada), sin que excesivas voces alentaran del peligro de la especulación incontrolada y de la liberalización del suelo decretada por el gobierno de Aznar en 1998, la privatización de las empresas públicas se hizo una práctica corriente, sin que el conjunto de los trabajadores corriera a salvar al sector público. Todas estas prácticas no eran vistas como una ofensiva liberal, cuyas raíces se hundían en las teorías de la derecha económica, sino como un proceso necesario de modernización de la economía, pergeñado por gestores prácticos y asépticos ideológicamente. El engaño consigue que prácticas económicas que ahondan en la desigual distribución de la renta sean aceptadas por una masa de trabajadores sin referente político, seducidos por un consumismo exacerbado, anestesiados por un sinfín de programas de entretenimiento, y que, por supuesto, no se consideran clase trabajadora, y mucho menos proletarios, porque todos esos conceptos pertenecen al pasado olvidado, y no a una modernidad luminiscente y refulgente que les promete un paraíso que nunca llega. Así, todos declaman al unísono: yo no soy de derechas ni de izquierdas, mientras temen perder su trabajo de un momento a otro; yo no soy de derechas ni de izquierdas, mientras pagan desorbitadas hipotecas debido a la escasez de viviendas de protección pública; yo no soy de derechas ni de izquierdas, mientras se quejan de las listas de espera en la sanidad pública debido a su escasez de recursos; yo no soy de derechas ni de izquierdas, mientras sus hijos tienen que ir a la escuela privada debido al deterioro de la pública; yo no soy de derecha ni de izquierdas, mientras hacen horas extras en el curro sin que se atrevan a pedir que se las retribuyan.